

ORIGEN DE LOS INCAS

(CONFERENCIA DADA POR EL AUTOR)

No hace mucho que leí un artículo titulado "Origen de los Peruanos" sobre cuyo tema tenía algunos apuntes. Confiado en ellos, escribí al Secretario del Instituto Histórico una carta anónima proponiendo el exámen de una conjetura mía sobre el origen de los Incas, cuyos conceptos reproduzco ahora, abusando quizá de la benevolencia de los señores que se han prestado á escucharme.

En el artículo citado se trata de establecer el parentezco del sanscrito con el kechua y el copto, que yo barruntaba, y á cuya simpática investigación me habría dedicado antes de ahora si me fueran mejor conocidas la Historia y las lenguas de la antigüedad. Lo que es ahora, tengo que limitarme á apoyar con unas pocas observaciones la idea de existir efectivamente aquel parentezco, tal vez más estrecho de lo que han supuesto los señores Kimich y La Rosa.

Al decir parentezco no es mi ánimo hacer derivar un idioma de otro, cosa que en ningún caso podría sostener, sino simplemente comprobar que las analogías que tanto López como Gaspari han descubierto, unidas á coincidencias singulares, y algo de historia de que voy á ocuparme, dan el convencimiento de haber existido relaciones entre los continentes Africano, Asiático y Americano de duración suficiente para influir en el desarrollo material y social de América.

Si estas relaciones y aún el parentesco comprobado que, fuera de las lenguas, no es bastante desde luego para determinar una ascendencia asiática á la raza peruana (que indudablemente es la resultante de otras razas semejantes mezcladas por largos períodos) servirán á lo menos para dar testimonio de que entre diversas inmigraciones hubo algunas de la India, que dejaron rastros en la lengua, religión y costumbres de inmigrantes aún más antiguos que les precedieron en el Tahuantinsuyo y de los autóctonos que allí debieron existir.

La presencia de los indostanos en el Perú es aceptable á primera vista por la simple comparación de sus tipos, que, apesar de estar refundidos en nuestra masa indígena, resaltan todavía en ciertas agrupaciones con marcados caracteres de la raza predominante en el centro y sur de la India.

En qué época vinieron?

A falta de historia podría servirnos la tradición; pero es sabido que ésta, á poco de envejecer, se convierte en leyenda y más luego en fábulas vagantes en la mente popular. Las que nos cuentan los historiadores de la conquista llenas de fantasías y anacronismos, léjos de darnos alguna luz han sido margen de lamentables confusiones sobre el origen y teogonía de la familia incaica que tan fácil les fuera penetrar.

Antes de pasar adelante necesito fijar un punto de vista menos vago, menos incierto, acerca del nivel que se dice alcanzado por el pueblo en sus creencias religiosas al advenimiento de los incas.

Respeto profundamente las ideas vertidas sobre la materia por el señor José de la Riva Agüero en un artículo publicado en la "Revista Histórica" y por lo mismo siento dis-sentir de su modo de apreciar el valor de algunas de ellas.

No trataré de seleccionar chispas de verdad en esa inmensa cantidad de fuegos fátuos sostenidos por la mar de historiadores de tradiciones, confusas y hasta disparatadas. Aquello es demasiado obscuro para mí. Tampoco es mi objeto inquirir la historia de Tahuantinsuyo anterior á Manco: me conformo con tener por cierto que fué un dilata-

do período de lucha en que se sucedieron tal vez dinastías de pequeños magnates establecidos aquí y allá, que llevaban el estandarte de alguna nueva creencia religiosa ó de predominio guerrero. Y como no convengo en que los autóctonos del Perú hubiesen alcanzado por sí solos su alta cultura en forma tan semejante á la de los pueblos de la India, sino por el contacto con ellos en remotísimas edades, (tal vez aquellas en que luchas semejantes de religión y de raza arrojaban del Indostán á los vencidos) prefiero considerar como más probable, que los monumentos preincaicos representan las creencias que trataron de establecerse durante aquella evolución, inclinándome á creer que fueron los autóctonos ó tal vez los invasores fetikistas del norte y sur los que combatieron su establecimiento definitivo.

Por eso es que reconocida la necesidad de aquel contacto, me permito insinuar la hipótesis de que la principal inmigración, lenta y pacífica, vino de la India, en una época muy anterior á la en que los Arios ocuparon las riberas del Indo; es decir mucho antes aún que la escritura y las artes árias se hubiesen extendido sobre el Ganjes. Entre las últimas de estas inmigraciones, que fueron sin duda de gente medianamente culta, perteneciente tal vez á la nación "Chola" que dominaba el centro y sur de la India, y disponían de medios de transporte según Gustavo Le Bon ¿no vendría la que trajo al Perú el Inthra ó Inti, el Viraj ó Viraj-tsa, el Patsa-cámac ó Sonyambouba, á la vez que la labranza de la piedra, el tejido y la alfarería? Su establecimiento pacífico al principio, probablemente sufrió alternativas de lucha armada é interrupciones, y al cabo transacciones con el fetikismo de la raza autóctona. Quizá en esos tiempos mientras ésta hacía uso de la piedra labrada para construir sus sepulturas y formar efígies al puma y al sapo, los invasores levantaban templos á sus dioses misteriosos bajo emblemáticas figuras que solo comprendían los iniciados; uno de ellos el dios Patsa-cámac, que se dice traído por los incas.

Patsa-cámac es palabra netamente kechua que significa el que cría, el que sustenta á la tierra; no es el nombre de un dios, es la designación del dios por sus obras, exactamente

igual al Hacedor del mundo, al Creador y á otras veinte expresiones semejantes con las que designamos á Dios sin darle nombre. Precisamente, el hallarse usado no sólo por los incas sino antes que ellos por numerosas tribus, indica que al advenimiento de los incas la mentalidad del pueblo había avanzado hasta concebir un sér supremo, aunque no llegado á revestirlo de atributos y personificar á éstos para formar una teogonía. La adoración implica manifestaciones exteriores; que las tuviera Patsa-cámac como lo asegura uno de los escritores á que me refiero, en algún rincón del Perú, es muy posible, pero de allí no se deduce que fuera desconocido en la Sierra, ni que ese nombre fuera traducción kechua del nombre del valle de Irma.

Conviene aclarar que "pacha" significa barriga, "patsa" significa la tierra; por lo que es fácil coleccionar que en este caso como en el de "Viraj-tsa" y otros, los españoles adulteraron la pronunciación convirtiendo "tsa" en "cha" dejando ambas palabras sin etimología ni sentido.

De la teogonía incaica ninguno de los historiadores contemporáneos de la conquista, estuvo en condiciones de conocerla, por poco que fuera, como Garcilaso ó como Valera (según el señor La Rosa), apesar del tiempo transcurrido y de la distancia en que escribía. Aun la información ordenada por el Virrey Toledo no tiene otra fuente que las versiones recojidas entre los medrosos indios. Sin escritura, sin reglas ni medios de conservarla, la crónica tomada de las creencias y recuerdos individuales, no podía tener carácter de certidumbre sino en lo que constaba de vista á los informantes siempre que dijeran verdad; más allá de Atahualpa y Huaynacápac, todo se pierde en lo antiguo, en incoordinables anacronismos. Así vemos que el dios Viracocha, á quien el hijo de Yahuarhuácac hizo público y dedicó su primer templo, aparece en el relato de algunos historiadores viviendo en época lejana para ser suplantado después por el Sol, y resucitado al fin por los cuzqueños, según el señor Riva Agüero.

De la teogonía que profesaron los incas se conocen: el dios sin nombre sustentador de la tierra, el Viraj encarna-

nación del anterior probablemente, y el Sol representación de alguna otra divinidad olvidada entonces, tal vez Vishnu que en la India representó al Sol, y cuya efígie parece ser el bajo relieve de Chavín.

Le Bon dice:—"Un dios antiguamente adorado en la India y cuyo culto, se mezcla también más ó menos á todas las religiones es el Sol. Los ários le ofrecían ya sus plegarias y celebraron su esplendor en términos brillantes; sus descendientes, ya lo hemos visto, lo identificaron con Vishnú. Pero muchos entre ellos, como entre los dravidianos y los aborígenes, lo invocan aún directamente sin personificarlo."

El velo que cubría los misterios del cielo incaico no llegó á levantarse; mas ésto no da motivo para atribuir á los incas el politeísmo de cuatro ó más dioses supremos igualmente adorados. El politeísmo en ese sentido no lo aceptó jamás la mente humana; griegos, indios, egipcios y romanos reconocieron un sér supremo, del que cada cual personificó los atributos; éstos con el tiempo adquirieron ó perdieron importancia, conservando la idealidad de un sér superior á todos.

Juicio igualmente adverso se dedica al pobre Garcilaso con motivo de su inocente transcripción de las observaciones de Huaynacápac sobre la regularidad de la marcha del Sol; se alega que reflexiones de esta naturaleza no podían estar al alcance de los tahuantinsuyos. Y por qué no? acaso los incas no eran superiores á su pueblo y sobrado capaces de pensarlo? Lejos de eso, aquellas observaciones debían brotar á cada paso de sus labios, si es cierto que los incas tuvieron un dios superior al Sol, pues es natural que velaran por la supremacía del objeto principal de su adoración sin permitir el incremento de una divinidad de segundo orden en sus creencias.

Hernando Pizarro, á quien se cita como testigo de la adoración de muchos ídolos en Pachacámac, era un soldado burdo, incapaz de comprender las significación de las figuras que derribaba, símbolos quizá que ninguno de los españoles de entonces estaba en condiciones de apreciar, no por

falta de inteligencia sino á causa del brutal fanatismo que lo hacía ver el demonio en todo.

Hay, pues, que buscar mejores fuentes. Nos quedan monumentos que comparados con los ya conocidos de remotísima antigüedad de la India y el Egipto, inclinan el ánimo á admitir que antes del período incaico, mucho antes, existió en el Perú una civilización avanzada, traída *de Occidente*.

Señalar un siglo, una época que fuera, á la introducción de estos monumentos y de las artes y creencias que debieron preceder ó coexistir con tan admirables construcciones es poco menos que imposible. El hecho de no existir en ellos inscripciones de ninguna clase nos induce á conjeturar que fué en tiempos que la escritura no era conocida ó por pueblos que la ignoraban, aún cuando ya supiesen construir grandes templos y tumbas subterráneas cubiertas de figuras simbólicas y geroglíficos indescifrables en la actualidad. A este género de construcciones creo que pertenecen los monolitos de Tiahuanaco, los sepulcros de Sipá, las ruinas de Pumacayan, el templo de Chavin, los vastos pedestales de Huamachuco y otros cuya descripción quizá tenga ocasión de hacer.

Partiendo de que la escritura no fué conocida de los inmigrantes de aquella remota edad y que se perdiera la tradición de su venida, la leyenda aquella que referían los peruanos "que del Occidente vendrían hombres superiores á conquistarlos" ¿no sería un vago recuerdo de antiguas inmigraciones del Asia? Lo tengo por muy posible, puesto que una simple suposición no se extiende ni se arraiga sin fundamento; preciso es que hubiesen tenido antecedentes de los hombres de occidente y su superioridad, para que el temor ó presentimiento de su futura dominación adquiriese la forma concreta de una profecía.

Aceptada la hipótesis de una civilización preincaica, no veo inconveniente para que la civilización que desarrollaron los incas con su administración comunal semejante á la de los Rajputes del Dekan, fuera continuación de la cultura que nos revelan los monumentos citados. Pero hay tanta diferencia de estilo y edad entre éstos y los contemporáneos de

los incas, que no puedo menos de pensar que pertenecen á épocas muy lejanas entre sí aunque del mismo origen.

Se perdió acaso ó estuvo en lucha con los autóctonos la cultura de esas primitivas inmigraciones?

Sobrevino tal vez la invasión de una raza destructora que suplantó la teogonía védica con el fetikismo que después hallaron los incas en muchas de las tribus que conquistaron?

Los invasores fetikistas aprovecharon acaso el arte de labrar la piedra para elevar templos al sapo y al puma que se ven esculpidos en los granitos de Huashau y Pumacayan?

Respetaron estos invasores la religión y los templos hallados más tarde por los incas en Chavin y Pachacámac?

Mucho hay que decir al respecto, mas cualquiera opinión que se emita corre el peligro de perderse en el laberinto que otros han recorrido entre crónicas dudosas y conjeturas aventuradas, para llegar á aserciones completamente arbitrarias. Lo único que allí me parece indudable es que los monumentos de piedra labrada de aquella época preincaica, obedecen al pensamiento religioso y á la índole dominante en las pagodas de la India antigua, de la India anterior á los Arios; cuando se edificaban templos con grandes piedras superpuestas sin argamasa ni mezcla alguna, con puertas de miraje al Oriente, cubiertas con bóvedas formadas por baldosas horizontales, en cuyo centro, á manera de santuario, se colocaba la imagen de la divinidad ó se elevaban altares destinados al sacrificio. El llamado "Castillo de Chavin" con una imagen en relieve que debió estar en el fondo de su galería central, que copié apenas arrancada de su santuario, los templos de Pumacayan en Huaraz y de Huanshacay en Yungay, convertidos en escombros para utilizar en groseros cimientos las esculturas y relieves reveladores del colosal trabajo de nuestros antepasados de ahora *setenta siglos*; los recintos amurallados de Huánuco el Viejo, que se atribuyen al abuelo de Huáscar y que probablemente solo fueron restaurados, con sus pórticos exornados con un puma en cada lado y a través de los cuales á gran distancia se divisa el centro exacto del cuadrilátero macizo de su al-

6

tar, son huellas imborrables de las invasiones prehistóricas que nuestro suelo recibió.

No es de extrañar que llame templo al que suelen denominar Castillo de Chavin, lo mismo que á los cerros artificiales de Pumacayan y Huanshacay. Cito los más conocidos y los juzgo templos, porque los pueblos de la antigüedad, sujetos un poco más que hoy al dominio sacerdotal, levantaron en toda la tierra los más grandes edificios de que eran capaces para dedicarlos al culto de sus divinidades; éstos y las tumbas destinadas á perpetuar la memoria de sus reyes, son los únicos monumentos que hasta ahora resisten el embate del tiempo en Asia, Africa y América.

El de Chavin consta de varios pisos, de dos de los cuales se tomó el plano por Raimondi y el que suscribe; plano que debe estar catalogado en los archivos del Instituto Histórico ó en los de la Sociedad Geográfica. Me dicen que se han descubierto últimamente salones que forman un tercer piso bien conservado, sobre el cual se aglomeran los materiales caídos de una sección terminal. Dos pequeñas estatuas extraídas de este edificio por el señor Manuel E. Aguilar dan idea de la raza á que pertenecieron sus autores. Si hemos de juzgarlas por la natural tendencia del hombre de dar á sus divinidades formas semejantes á la suya, es probable que se hayan copiado las fisonomías de la época. Las estatuas de Buda tienen en la India el aspecto de un indiano, en la China el aspecto de un chino. Pero lo más original en estas figuras es su semejanza con las que Le Bon presenta á fojas 91 y 93, primer tomo de "Las Civilizaciones de la India", como tipos de la raza regnícola de la India. Este es el solo monumento que en el estado de sus ruinas permite observar claras semejanzas con los templos Védicos más antiguos. De los demás no se ven más que las eminencias formadas por las ruinas, y los bustos, bajo-relieves y monolitos rectangulares esparcidos por el campo ó haciendo parte de construcciones modernas,

Si no se encuentran en los nuestros el lujo de ornamentación ni las estatuas que ostentan los templos indianos es, desde luego, porque son de época anterior á la en que la ar-

quitectura y estatuaría alcanzaron allá el desarrollo que denotan los templos del período Búdico y Bramánico; pero se observa en ellos bien acentuada la idea de construirlos defendidos de la curiosidad del vulgo, á quien se permitía contemplar la grandeza exterior por ocultar mejor en tetricos rincones los artificios de la dominación teocrática.

Las dos cabezas fotografiadas en los Nos. 7 y 8 están incrustadas en los cimientos de la casa del señor Ildefonso Gadea: fueron sacadas del templo de Tumshcuaico situado en las goteras de Caraz. Dos cabezas del mismo estilo pero mejor trabajadas, extraídas del templo de Huansacai en Yungay, fueron rotas, así como sus cuerpos, para ser colocados en los cimientos del panteón nuevo de esta ciudad. En la figura N.º 9 se dá una idea de la extensión de estos colosales muros contruídos íntegramente con una pequeña parte del material del antiguo monumento: la sección terminal de éste sobresale á los muros.

A poco de iniciados los trabajos se notó que se explotaba las ruinas de un edificio extenso, levantado en parte con piedras labradas superpuestas sin argamasa; de algunas de ellas se aprovechó para colocarlas en la gradería central, después de cantearlas en forma más regular.

La destrucción continúa hoy y es tan activa que bien se puede asegurar que en cada entierro se destruye algo. Apenas háce algunos días que estaban á la vista dos paredes que me proponía fotografiar, pero cuando llegué con mi aparato acababan de ser desplomadas sobre un cadáver. Guardo como un tesoro un trozo de columna y una pequeña estatua, ambas de granito, recojidas de entre los escombros: no los he fotografiado por temor de que su fabricación, demasiado grosera, dé una idea equivocada del progreso del arte de aquellos tiempos. Declaro por eso con sincero dolor, que no me ha sido posible tomar más planchas de éste edificio que la N.º 11, donde se ven dos huecos que, á manera de canales de ventilación, existen allí y eran de necesidad en las construcciones subterráneas.

Apena el espíritu pensar que son hombres cultos los que no contentos con el espectáculo de tan hermosas ruinas,

convierten en campos de desolación y olvido los que debieron ser imperecedero recuerdo de las grandes luchas y del ingenio de los antepasados que nos dieron vida.

Algo semejante ha pasado con las ruinas de "Pumacayan" en Huaraz. El año de 1840 el prefecto señor Casanova desbarató aquél magnífico edificio y arrastró los materiales para formar los cimientos de un panteón. Felizmente, allí se conservan todavía muchos bustos y bajo-relieves que puede tomarlos la fotografía en cualquier momento. Por ahora solo puedo acompañar un dibujo lineal tomado á la lijera, que ha permanecido en mi cartera desde hace mucho tiempo.

Abundan razones de lo que sostengo: de ser templos, pagodas mejor dicho, los edificios que acabo de mencionar; y que son de origen asiático como las tumbas subterráneas de Sipá, las colosales ruinas del Cedro, las de Parara y otras más. Exponerlas sería apartarme de mi objeto.

Los datos que apunto los escribo de mi memoria, ya muy meguada; servirán algún día al que quiera hacer estudio serio de nuestras antigüedades arqueológicas, *única luz positiva* en el dédalo en que se pierde nuestra historia.

Paso adelante.

Las catacuinbas de Llata que visité con Raimondi, dan con la variedad de cráneos que allí se ven, la importantísima nota de que en una época coexistieron varias razas bien marcadas, entre ellas la que subsiste hoy, de cráneo levantado perpendicularmente, y la otra de cráneo ensanchado por detrás y de notable mayor mandíbula, que bien pudo ser la autóctona que detuvo ó resistió la primera civilización. En este punto estoy de acuerdo con el doctor Uhle, y mucho más con el doctor Rodríguez Dulanto.

En el territorio que he estudiado, departamento de Ancachs y parte del de Junín, hay efectivamente dos tipos bien definidos—el que generalmente se llama "indio", de color rojo obscuro, pómulos salientes, gran mandíbula, casi siempre de aspecto anguloso y desmedrado, astuto y perezoso; este es el que supongo "autéctono"—el otro es el "cholo", color más claro y pálido, cara ancha, carnosos, de estatura me-

diana y vigorosa constitución, humilde y apático, pero no rebelde á la educación y al cambio de hábitos, como lo prueban ilustres personalidades que hoy mismo honran á la patria. A mi modo de ver, éste es el tipo más generalizado en el Perú; se le encuentra casi puro en Catacaos, Sechura y otros pueblos de la costa; algo modificado en el Cuzco, Junín y Ancash, debido tal vez al cruzamiento con el autóctono; es finalmente el tipo que más se aproxima á las antiguas esculturas de la India, haciéndonos entrever que proviene de las más remotas inmigraciones del Asia de aquella nación "los cholos" que, como dice Le Bon, era pujante en el Decan antes de la invasión de los arios.

Existe otro tipo que se presenta como rezago de una raza absorbida tiempo hace, que nada tiene de común con los cholos. El ejemplar N.º 6 es robusto, imberbe, casi blanco más inteligente que el cholo, se le encuentra en numerosas familias en las provincias de Huari, Pomabamba y Pallasca. Si los incas no fueron cholos, probablemente pertenecieron á esta raza, que parece haberse asilado después de la conquista en las abruptas quebradas vecinas al Marañón.

Viene después el período incaico descrito por Garcilaso uno de los pocos historiadores que tiene derecho á ser creído, apesar de sus minuciosidades de indio y sus exageraciones de español, (quien desgraciadamente nos ha dejado en tinieblas acerca de la procedencia de sus abuelos maternos que vamos á escudriñar).

¿Los incas se levantaron á manera de próceres ó de ejemplares seleccionados de la raza autóctona, que alcanzaron á personificar las fuerzas de la naturaleza y adorarla con los nombres de *Kon*, *Inti*, *Viracochá* y *Pachacámac* como lo suponen distinguidos comentadores de nuestra historia?

¿Fueron ellos (supongo que Manco Cápac no vino solo y sus descendientes un grupo de inmigrantes que con su saber se impuso sobre tribus más ó menos salvajes hasta reunir las en el transcurso de tres ó cuatro siglos y formar un vasto imperio?

¿Pertenecieron á una raza relativamente superior, venida en una ó más inmigraciones prehistóricas, establecidas desde entonces en el Perú?

Me declaro decididamente por lo último, aunque carezca de los medios de disipar toda sombra sobre la verdad que entreveo. Siento, como es natural, que la prueba conjetural que para mi criterio propio es decisiva en la materia, sea insuficiente para la generalidad y aun para muchos intelectuales que en sus investigaciones temen salir del círculo trazado por antiguas teogonías.

Yo creo que en el caso de que se trata es necesario no limitar la edad del hombre y sus evoluciones á las fechas dadas por la más supina ignorancia de otros tiempos; considerarlo en su marcha lenta á través de sus terribles luchas por la selección y la vida, tanto mayores cuanto más próximas á su origen; concederle los siglos que han sido menester para la adquisición de cada idea fundamental, de cada paso en el desenvolvimiento de su condición social; y, sobre todo, no juzgar los pequeños éxitos de la lucha de otras edades ni su duración, por los medios que la inteligencia y conocimientos actuales alcanzarían.

Al aceptar que los incas fueron autóctonos sin relaciones con otros países, sería preciso explicarse la gran semejanza con la India en la labranza de la piedra; en el tejido por telares y callhuash; en el estilo de sus templos más antiguos; en los caracteres generales de la raza; en su religión, no igual, que era imposible, pero sí poderosamente influenciada por la antigua Védica. El dato de la semejanza de raza no se refiere precisamente á la especial de los incas que debieron pertenecer á una casta superior, sino á la general de los actuales indígenas, que por sucesivas emigraciones del Egipto y principalmente de la India, formaron ya una raza intermedia en que predomina el cholo.

El doctor Max Uhle encuentra posible que los incas procedieran de la antigua tribu de los "Mascas" residentes en Paruro, departamento del Cuzco, sea porque *así lo dicen muchas fábulas*, ó porque usaban el llautu. En tal caso no habría tenido razón de ser el mito de la aparición de

Manco Cápac en el Titicaca ni la que pretende surgirlo del Cuzco, pues debió constar á todos su precedencia inmediata, á la mano, casi de actualidad. Para dar visos de probabilidad á esa conjetura era preciso, además, convenir en que la lengua especial de los incas, que no era el kechua, y la adoración del Sol introducida por ellos, eran la lengua y religión de los habitantes de Paruro.

Eduardo de Rivero vislumbró la procedencia bramánica de los incas, sugestionado probablemente por la semejanza que durante sus estudios arqueológicos halló con los monumentos y alfilería usados en la India. No dió pruebas, pero cualquiera que participase de sus ideas encontraría apoyo en la misma historia, cuando quisiera limpiarla de las interpolaciones que se hicieron de leyendas y supersticiones halladas al paso, supuestas quizá y amoldadas al espíritu fantástico de la época.

En efecto, Garcilaso de la Vega y los principales narradores de la conquista están acordes, primero: en que el primero de los incas no fué cuzqueño, vino de otro lugar trayendo un haz de conocimientos en administración, agricultura y varias artes desconocidas de los pobladores de entonces; segundo: que el idioma de la familia incaica no fué el general del Cuzco como lo certifica Garcilaso con estas palabras:—“entre otras cosas que los reyes incas inventaron para buen gobierno de su imperio fué mandar, que todos sus vasallos aprendiesen la lengua de su corte, que es la que hoy llaman lengua general, para cuya enseñanza pusieron en cada provincia maestros incas de los de privilegio; y es de saber que los incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla, como lenguaje divino. Esta me escriben del Perú, que se ha perdido totalmente porque como pereció la república particular de los incas pereció también el lenguaje de ellos; tercero:—que los incas adoraron el Sol como manifestación visible del Supremo Hacedor, cuyo nombre ocultaron siempre.

O admitimos, pues, la fábula que da por cuna á los incas una isla del lago Titicaca, ó convenimos en que aquél extran-

jero llamado Manco y titulado Inca venía de un país en que se adoraba no sólo al Sol sino también á un otro sér misterioso cuyo nombre nunca dijo; de un país en que no se hablaba el kechua y en el cual la labranza de la piedra, el tejido, y el arte de las grandes construcciones era conocido. Hago valer esta disyuntiva porque á nadie se le ocurrirá hacer á los incas la gracia de ser los inventores de todo esto en el día de su llegada ni en toda la época de su corta dominación, cuando la historia nos presenta el proceso de muchos siglos como de necesidad á otros pueblos para alcanzar un grado de cultura semejante.

Al que dijera que el país natal de Manco y sus compañeros fué la India, porque presenta, además de la raza los signos de cultura y la religión del Sol propios de aquel país, se le podía contestar que es completamente inverosímil que su llegada, aunque se debiera á una arribada forzosa, quedase ignorada para el pueblo que primero se relacionó con ellos, mucho más si se hicieron admirar, y hasta adorar por su relativa sabiduría.

Tampoco es verosímil que se borrara de la memoria de los indígenas un hecho tan transcendental al cabo de trescientos años, que es lo más que se puede conceder á la dinastía incaica, cuando hoy pasado mucho más tiempo, todavía no han olvidado sus incas ni los principales episodios de su caída, no obstante el cambio radical de religión y gobierno, y de las influencias que se vienen realizando en su lengua y costumbres.

Si hay dificultad en admitir que los incas vinieron directamente de la India, aun cuando sólo fuera por el cuasi insuperable obstáculo del mar, se puede aceptar la conjetura de que pertenecieron á alguna tribu ó colectividad residente en el mismo territorio, lejos del Cuzco, donde se conservaron las reliquias de anteriores inmigraciones: adviértase que mis afirmaciones no pueden tener más valor que el de la conjetura, en que por necesidad he entrado.

Esta versión es á primera vista, nada más que á primera vista, tan inverosímil como la anterior, pues no se comprende que existiese ignorada y sin extenderse una civiliza-

ción como la que esteriorizan las ruinas mencionadas sustentada por hombres de carne y hueso visible.

Pero aquí hablan los hechos.

Sabido es que los incas establecieron su dominación imponiendo la adoración al Sol. Se colije de allí que no entró en su programa consentir que se elevasen templos con distinta advocación. Pero si esos templos existieron y existen hoy mismo, á manera de despojos de una cultura muerta hace muchos siglos, es claro que los incas también los respetaron. El de Chavín, por ejemplo, que en su santuario tenía esculpida una imagen que no es del Sol seguramente; los de Pachacámac y Chíncha-cámac, que también fueron tolerados, el de Tiahuanaco que Maita Cápac encontró ya abandonado, se conservan todos con el sello de su antigüedad preincaica. Para respetarlos, aunque todavía tenían adoradores ó fieles como el de Pachacámac, los incas debieron tener en consideración, primeramente la dificultad de desarraigar las creencias que circundaban aquellos templos con peligro de concitarse enemistades poderosas á raíz de sus conquistas; y luego, la necesidad de ceder á los despojados de la tierra la conservación siquiera de sus divinidades, entre las cuales debía figurar el Sol en adelante.

Quizá tuvieron en cuenta una razón más decisiva, insinuada por Garcilaso, la de adorarse en esos templos á un sér supremo misterioso, no conocido del vulgo por lo menos, que los incas allá en sus lucubraciones idólatras debieron conceptuar que fuera el mismo Pachácamac.

Es preciso no olvidar un dato interesante. Cuando Cápac-Yupanqui llegó á los valles que se extienden de Chíncha al norte, éstos eran gobernados por Chuqui-Manco y Cuis-Manco que adoraban al Chíncha-Cámac y al Pachacámac. Prescindiendo de los recelos linajudos ó devotos de nuestro compatriota Garcilaso para negar toda armonía entre la religión de estos pueblos y la de sus abuelos, se nos viene á la mente una rarísima coincidencia: la de apellidarse "Manco" dos de los jefes, y adorar también al *Dios sustentador de Chíncha y al Dios sustentador de la Tierra*, que fué uno solo probablemente; coincidencia que hace resaltar

de modo muy subjetivo la probabilidad de que estos dos Mancu y el del Cuzco derivaron de la misma dinastía y que conservasen al mismo dios sustentador de la Tierra.

Ante tan estraña singularidad no sorprenderá la amigable composición entre el autócrata Pachac-Cútec que nunca fué vencido y el débil jefe de una pequeña sección territorial, Cuis-Mancu, que Garcilaso refiere con estas palabras: "El general Cápac-Yupanqui le envió á decir (á Cuis-Mancu) que tuviese por bien que no peleasen hasta que hubiesen hablado más largo acerca de sus dioses: por que le hacía saber que los incas demás de adorar al Sol adoraban también al Pacha-Cámac, y que no le hacían templos ni ofrecían sacrificios por no le haber visto, ni conocerle, ni saber qué cosa fuese. Pero que interiormente en su corazón le acataban y tenían en suma veneración, tanto que no osaban tomar su nombre en la boca, sino con grandísima adoración y humildad, y que pues los unos y los otros adoraban á un mismo dios no era razón que riñesen ni que tuvieren guerra sino que fuesen amigos y hermanos".

La paz se concertó con las siguientes condiciones:—"Que adorasen los Yuncas al Sol como los incas. Que le hicieran templo como al Pacha-Cámac. Que se fundase casas de vírgenes escojidas. Que Cuis-Mancu se quedase en su servicio. I por último que los incas tuviesen en mucha estima y veneración al oráculo Rímac y mandasen á todos sus vecinos hiciesen lo mismo".

Otra singularidad;—Manco-Cápac mandó poblar al norte del Cuzco veinte pueblos de cuatro apellidos que son: "Mayu", "Canas", "Chincha-puquio" y "Rímac-tampu". ¿Conocía Manco-Cápac la existencia de los valles de Chincha y Rímac?. ¿Por qué daba á las nuevas fundaciones nombres de pueblos tan distantes, donde dominaban hombres de su propio apellido y de su propia religión?. Es, pues, de suponer que el primer monarca tuvo motivos de recordar aquellos lugares, que probablemente fueron su antigua residencia. Al trasladarse á lejanas tierras es de suponer también que tratara de rememorar la patria abandonada. Acaso Chincha y Rímac no fueron en ese entonces más que los nom-

bres de familias ó linajes que le siguieron en su destierro al Cuzco. De todos modos, esta coincidencia añade alguna más verosimilitud á la procedencia que he sospechado.

En efecto, un nuevo concepto sobre las cualidades del dios, una alteración en los ritos, un cambio en el personal, dieron lugar mil veces en el mundo á profundas desavenencias entre los creyentes, y con ellas la ocasión de cruentas guerras, de las cuales ni el cristianismo se vió libre. ¿Que extraño es entonces que una discrepancia cualquiera entre los ocupantes de Chircha, de Rímac ó de Chavín tal vez, donde existen así mismo familias de apellido Mancu, hubiesen arrojado de su seno á Manco-Cápac, apóstol quizá de una nueva doctrina, de la adoración al Sol por ejemplo, ó tal vez sostenedor de la antigua? ¿Qué extraño que vencido en esa lucha llegase peregrino al Cuzco, donde halló terreno más propicio á su doctrina y enseñanzas?. En tales condiciones y obligado á ocultar su origen para convertirse en hijo del Sol no le fué difícil fundar la dinastía inca. En una suposición como cualquiera, pero luego veremos que no es tan arbitraria.

Si en lugar de perder su tiempo en componer los discursos de sus abuelos hubiese Garcilaso averiguado el tenor de las preces que se dirijían al Sol, el nombre del dios oculto, el de los diablos que hablaban en los templos, y las falsedades que su púdica devoción le impide declarar; ó siquiera nos iniciara en el idioma de los incas que un algo debió percibir, no andaríamos hoy gastando nuestro escaso fósforo en cruzar la niebla que él y la insania de su tiempo han hecho casi impenetrable. Sabríamos á punto cierto la etimología de "Inca", "Mancu", "Colla", "Ayar" y otras palabras que nos intrigan á cada paso, y conoceríamos la clave de nuestro origen y de sucesos que no podremos ya reconstruir.

He sentado que en época muy anterior á los incas, hubo una civilización representada por monumentos que estos monarcas hallaron y respetaron durante sus conquistas. He afirmado también que tanto la raza peruana como sus monumentos tienen en la India congéneres innegables.

En cuanto á la raza, lo confirman no solo el aspecto ge-

neral del color, el cabello y la fisonomía, sino también el carácter, que á juicio de algunos sabios es el signo hereditario más marcado de toda raza. He aquí lo que Le Bon dice de los indos de Asia: "Por regla general el indio es débil, tímido, astuto insinuante é hipócrita en el más alto grado. Sus modales son aduladores é importunos, está enteramente desprovisto de ideas de patriotismo. Siglos de tiranía le han habituado á la idea de tener un amo y con tal de que ese dueño respete las leyes de su casta y sus creencias religiosas, el indio se resigna anticipadamente á soportar todos sus caprichos y se siente dichoso si se le deja el puñado de arroz que necesita para vivir. Los indos forman una población tranquila, paciente, completamente resignada á su suerte. Sus mayores defectos para un europeo, aparte de lo que acabo de mencionar, son la indolencia, la imprevisión y la falta de energía. Esta última es la cualidad capital del carácter indio, y basta á explicar cómo 250.000,000 de hombres, soportan sin protesta el yugo de 75,000 europeos.....

Apliquemos esta descripción al carácter de nuestros indígenas y hallaremos que se les amolda como calcada, mal que pese á los indiófilos poco prácticos ó poco observadores; y nos explicaremos cómo diez millones de ellos fueron sometidos por 500 aventureros españoles; y nos explicaremos una cosa más difícil todavía: que permanezcan indiferentes ante los beneficios de nuestra cultura republicana que les abre ancho campo de surgimiento.

La afirmación hecha respecto de los monumentos, se desprende de la comparación que cualquiera puede hacer de los templos de Chavín y Tiahuanaco, descrito este último en los "Comentarios Reales" con algunos de los más antiguos citados en "Las Civilizaciones de la India". De la comparación no resultan semejanzas á la vista, pero se notará que en unos y otros se ha usado la bóveda de piedras horizontales, paredes de piedra labrada sin mezcla alguna, pequeñas habitaciones y capillas dentro del recinto sagrado, y un santuario en forma de cuadrilátero central destinado á la imagen adorada ó á los sacrificios.

No es dable que las creencias religiosas, derivadas del

variado espectáculo de la naturaleza sean iguales entre continentes lejanos; que los templos tengan igual plantaje, ni que el carácter en la vida social y política sea el mismo, si no ha mediado una fusión de razas ó que la relación entre ellas haya sido estrecha por dilatado período. Hay razón por consiguiente para presumir que esas relaciones existieron, aun cuando la manera y fecha estén hoy olvidadas.

¿Y por qué nó? Durante la larga etapa de las guerras de conquista y religiosas que terminaron con el establecimiento de los Vedas y el código Manú en la India, los vencidos debieron buscar un refugio lejos del campo de sus luchas; estos acontecimientos no son raros en la historia, y es posible por esa época hubiesen islas que facilitasen su advenimiento á América. Lo imposible es señalar el número de siglos transcurridos mientras aquellos primitivos laboradores de la cultura humana adelantaron la agricultura y las artes, desarrollaron el lenguaje y le dieron forma escrita, idearon vastas teogonías y sentaron definitivamente sobre bases sólidas la vida comunal. En esta inmensidad de tiempo caben todas las posibilidades, la de corrientes de emigraciones sucesivas, por ejemplo, rotas por un cataclismo en el Pacífico, del cual quizá no llegó ni la noticia á los americanos. Cuando los ários conquistaron el sur de la India hallaron que sus pobladores sabían trabajar los metales, *construir navíos, fabricar telas* y quizás si ya conocían la escritura. Le Bon no dice, ni podría, decir desde cuándo tenían estos conocimientos; pero nosotros podemos ver que esa civilización anterior á los Rig-Vedas y al código Manú, que sólo fueron compilación de antiquísimas creencias, tenía más de cuatro mil años antes de la Era cristiana: y que bien pudo atravesar el Pacífico si hubo tierra intermedia ó si dispuso de navíos. Ultimamente, desde que Colón y Eric cruzaron el Atlántico con barcos de noventa y cincuenta toneladas, no veo inconveniente para que otros realizaran ingual empresa en el Pacífico.

Sea de ello lo que fuere, á despecho de afirmaciones que se hicieran en contrario, es innegable que en el idioma, el carácter y las creencias religiosas hay tan estrechas analogías

que siendo necio explicarlas por simples coincidencias, serían la prueba del contacto de ambos pueblos en cualquiera circunstancia y tiempo desconocidos.

Voy á ocuparme de algunas de ellas, aunque muy ligeramente, pues á mí no me es fácil rastrear en el sanscrit y el talmud, ya muertos, el sentido de palabras y de frases encontradas al acaso, bastante significativas sin embargo, y capaces por su número de ser una base de estudios serios en la materia. Tengo la esperanza de que llamando la atención de nuestros compatriotas eruditos en filología y arqueología, se decida alguno, el doctor Pablo Patrón nada menos (1), á extender sus investigaciones históricas al período védico de la India y al en que ésta fué invadida por los tibetanos.

Viracocha.—De la especie de monografía que da Garcilaso sobre el hijo de Yáhuar-Huácac se deduce que el nombre de Viracocha, que tomó después de su victoria sobre los Chancas, se debió al del fantasma que dijo haberle anunciado la rebelión de aquellos y su protección. He aquí como refiere lo ocurrido:

“El Inca puesto ante su padre le dijo: Solo, señor, sabrás, que estando yo recostado hoy á medio día (no sabré certificarme si despierto ó dormido) debajo de una gran Peña de las que hay en los pastos de Chita, donde por tu mandato apacento las ovejas de nuestro padre el Sol, se me puso delante un hombre extraño en hábito y en figura diferente de la nuestra; porque tenía barbas en la cara de más de un palmo, y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los piés: traía atado por el pescueso un animal no conocido. El cual me dijo: sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del inca Manco-Cápac y de la Coya Mama-Oello Huacu su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre y de todos vosotros. Llámome Viracocha Inca, vengo de parte del Sol nuestro padre á darte aviso para que se lo des al Inca mi hermano, como toda la ma-

(1) Este artículo fué escrito antes de la lamentada muerte del doctor Patrón.

yor parte de las provincias del Chinchasuyo sujetas á su imperio y otras de las no sujetas están rebeladas y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército á derribarle de su trono y derribar nuestra imperial ciudad del Cuzco. Por tanto vé al Inca mi hermano y dile de mi parte que se aperciba y mire por lo que le conviene acerca de este caso. I en particular te digo á tí que en cualquiera adversidad que te suceda no temas que yo te falte..... Dichas estas palabras se me desapareció el Inca Viracocha”.

En otro pasaje de su libro agrega:—“que por el sueño pasado le llamaron Viracocha IncaDiéronle el nombre de la fantasma que se le apareció.”

Todo lo transcripto quiere decir en buena cuenta que el Viracocha, bajo la forma de un hombre de luengas barbas y hábito talar le hizo al hijo de Yáhuar-Huácac una revelación de la mayor importancia relativa á la defensa de la monarquía.

Esta revelación, por los efectos á que se la destinaba, debió hacerse por una deidad que tenía la misión ó la facultad de encarnarse y que debía ser bien conocida en la teogonía incaica; por que nada, absolutamente nada, habría importado que el hijo de Yáhuar-huácac hablase en nombre de un desconocido Viracocha, si éste no hubiese tenido una figuración de antemano reconocida en el cielo de los incas. No hablo del pueblo que sólo adoraba al Sol, personaje secundario, mero representante del poder supremo.

El hijo de Yáhuar-Huácac estaba, pues, convencido del prestigio de la divinidad que invocaba, cuando se atrevió á violar su destierro para anunciar á su padre la orden del aparecido fantasma; y además debieron estarlo los iniciados en la lengua y religión que los incas profesaban, puesto que hasta sus parientes más inmediatos abandonaron al inca incrédulo, para combatir al lado del protegido del Viraj.

¿Quién es este dios Viracocha, encarnado para comunicarse con los hombres, que no figuró hasta entonces en la leyenda popular?

Vamos á verlo. El código Manú, que, como he dicho, es recopilación de antiquísimas creencias, explica el génesis de

su trinidad en unos cuantos slokas, de los cuales traslado los siguientes:

“Habiendo dividido su cuerpo en dos partes el soberano Señor se hizo masculino y femenino y uniéndose á esta parte, engendró el Viraj”.

“Las aguas han sido llamadas Nara por cuanto ellas eran la producción de Nara, el espíritu divino”.

Viraj era, pues, la segunda persona de la trinidad bramánica, seguramente desde épocas ya pasadas anteriores á la compilación Manú. No debe olvidarse que si el código Manú fué recopilación subsecuente al período védico, algo así como 1,500 años antes de Jesucristo, fué un conjunto de leyes y teogonías de existencia más antigua que la trimurti bramánica, en la cual parece que se han insertado no solamente creencias y prácticas en vigencia, sino también extractado lo conveniente de las primitivas ideas religiosas de aquellos pueblos. Para atestiguar este aserto, está vivo ahora mismo el cisma que se produjo cuando los bramanes introdujeron su trinidad de Brama, Vishnú y Shiva en oposición al monoteísmo de los Djeinas, que sólo la admitieron como cualidades del sér supremo *Inthra*, jefe del cielo antes de las leyendas bramánicas.

Jacollot, el insigne orientalista, dice á este respecto: “Constatemos, pues, como resultado exacto de las doctrinas védicas—*Primero*, que dios posee la cualidad de padre y madre—*Segundo*, que dios se encarna y se convierte en su propio hijo Viraj.”

No hay que olvidar que los incas mantuvieron el nombre de sus divinidades en el más absoluto secreto; pues entiendo que no era sólo el nombre de un dios el que ocultaban sino el conjunto de su teogonía por reducida que fuese, en la cual estaba incluso el Sol, única manifestación externa destinada al culto popular. Y tan cierto es esto que en la hora del peligro, en el momento que fué necesaria la protección del Dios, salió á luz uno de los personajes reservados, Viraj, el mismo precisamente que según la doctrina Védica era llamado á salvar las angustias de la humanidad, aquel que en su calidad de conservador de lo creado aparece según las circuns-

tancias, unas veces bajo el aspecto de un bramán, otras de un rey, de un profeta y hasta de un tronco de árbol para acudir en socorro del hombre

Su nombre popular es Vishnú.

Esta vez se le adjudicó el aspecto de un bramán de luegas barbas y hábito talar, y se le tituló hermano de Manco-Cápac, para rememorar la procedencia divina de la dinastía y su carácter sacerdotal. Nada más lógico en las circunstancias difíciles por las que atravesaba la monarquía que esta suposición del hijo de Yáhuar-Huácac, porque imponía á los iniciados el mandato de la divinidad, y á los que no lo eran la orden de un hermano del fundador del imperio: las órdenes para la defensa no las daba Yáhuar-Huácac y el imperio sucumbía.

Otro pasaje del mismo Jacoliot nos informa del misterio en que envolvían los bramanes al autor del Universo. En la página 47 de su libro "Cristo y Cristina" dice: "Si no se encuentra en los libros sagrados los nombres de "Zyaus" ó "Zeus", de "Sauyambhouva", de "Narayana", de "Paramatma", de "Pouroucha", bajo los cuales los Vedas han designado alternativamente al Dios único, señor del Universo, es porque la imagen de la gran primera causa estaba rodeada de un respeto tan misterioso, que la muchedumbre no osaba pronunciar su nombre bajo pena de muerte, y por cuanto los mismos iniciados no podían penetrar en el santuario que les estaba reservado más que una vez al año, después de prepararse muchos días mediante el ayuno y la oración".

Es de sospechar que una regla semejante indujo á los incas á guardar también su doctrina en el misterio. Verdad que no debieron tener interés en propagarla; la distancia moral entre ellos y el pueblo idólatra que los rodeaba era inmensa: conservarla era el medio de sostener su poderío, exactamente como lo hacía la casta bramánica y como debieron hacerlo sus antecesores.

El Tahuantinsuyo atravesaba, además, un período de constitución. Obligados los monarcas á transijir con el modo de ser de multitud de pueblos adherido al fetiquismo y á

sus bárbaras costumbres, no debían de exigir de ellos más que el reconocimiento de la deidad visible, del Sol, que les otorgaba victorias y sostenía su prestigio. Además, ellos iniciaron su conquista con la bandera de la religión y casi indefensos.

¿La voz Cocha, que va unida á la de Vira, sería alusión al *Espíritu divino mecido por las aguas*, que era al mismo tiempo Brama, Virac Nara? ¿Indicaba simplemente que el Vírac apareció en el mar ó por la dirección del mar? No lo sé; pero sí sé que Vírac no tiene traducción en kechua y que debió tenerla en el idioma especial que Garcilaso atribuye á los monarcas peruanos. En sanscrito quiere decir "pura esencia divina" y es una palabra que pertenece tanto á los bramanes como á los incas. ¿Quién podría asegurar que *Cocha* no tenía una significación complementaria en el sanscrito ó en el talmut de aquellos tiempos?

Todo es posible; pero, para mi criterio particular, ha habido una sustitución, y voy á explicarme. Pido ahora un poco de atención.

Conozco lugares, y aun comarcas de cierta extensión, en los cuales se emplea la palabra Víraj-tsa con el mismo objeto y significación que Viracocha. Si hubiéramos de tener en cuenta el extenso uso que desde la conquista ha tenido esta última, lo acertado sería suponer que aquella es una simple sincopación de la otra, y así lo creería yo también si pudiera explicarme satisfactoriamente el sentido de la palabra Cocha unida á la de Víraj. No sucede lo mismo con Víraj-tsa. En kechua, *aitsa*, *eitsa*, *itsa* se usan indistintamente para significar la carne. Unida esta palabra á la de Viraj que, como he dicho, es la segunda persona de la trinidad indiana, resultaría una expresión compuesta, con la significación de Dios-carne ó sea el Víraj encarnado.

Ya me he ocupado de esta personalidad de la teogonía védica que pudo llegar al Perú con los antecesores de los incas, los que he supuesto sean los "Maneu" hallados y reconocidos más tarde en Chincha y Pachacámac. (alrededores de Lima). La etimología que presento sólo es objetable suponiendo que Víraj-tsa sea modificación de Viracocha. ¿Pero

por qué Viraj-tsa no ha de ser el nombre del fantasma como del inca, adulterado y convertido en Viracocha por los conquistadores ó historiadores que no poseyeron la lengua originaria? ¿No hicieron de Atahualpa Atabaliba, no confundieron Patsa con Pacha y formaron un dios sustentador de la barriga, Pachacámac, en lugar de Patsa-cámac, sustentador de la tierra? Y, sobre todo, ¿no pudo haberse conservado en estos rincones el verdadero nombre, mientras se adulteraba en el Cuzco?

Por mucho que sea el valor que se dé á esta interpretación, no desconozco que puede ser una coincidencia excepcional; mas en favor de mi tesis puedo citar otras expresiones del mismo género sagrado que dejan en el ánimo, si no la convicción, la necesidad de seria investigación. Helas aquí:

Vaiva-Suata.—Cantú, dando razón del contenido de uno de los Puranas, dice:—“El primer Amatara (período de la existencia divina) ocurrió al terminarse el primer Calpa, que fué cuando el sueño de Brama causó la destrucción del Universo; pues, mientras dormía, se le acercó el demonio *Aya-griva* y le robó los vedas que le salían de la boca..... Después de retiradas las aguas se encontraron los Vedas dentro del cadáver del gigante *Aya-griva* muerto por Vishnú y dados á Satiaurata (salvado de la catástrofe) bajo el nombre de *Vaiva-suata*”.

Ahora bien, “huahua-isuata” en el kechua de las riberas del Alto Marañón, al que me refiero en estos casos, significa *hijo robado*. “Aya” es el espíritu del muerto; nunca se presenta sino para hacer daño ó producir espanto, es la figura del demonio que en la mente humana de todos los tiempos fué su perseguidor. Aquí se ve que no solo hay semejanza en la palabra sino también en el sentido.

Walk-Miki.—Es el nombre, si no me traiciona la memoria, de unos sectarios de Vishnú, cuyo culto consiste en el ayuno: no comen sino bocados contados. En la India quizá nadie sepa el significado de *Walk-Miki* ya que se ha perdido la antigua lengua sanscrita á que pertenece; pero en kechua, *ualka* quiere decir poco, escaso; *miki*, comida.

¿No es admirable la analogía?

Panda-Rus.—Sacerdotes de Vishnú, según Cantú, que corren por las calles mendigando, con la cara tiznada de inmundicia.

“Panta.” en kechua es *errado, equivocado, desmemoriado; runa*, hombre, gente. Estos sacerdotes, que según sus prácticas pedían limosna sin hablar jamás, debieron parecer locos, que es más ó menos lo que aquel nombre significa.

Inca.—Con esta palabra se designaba al monarca peruano: dudo mucho que sea kechua.

Es supuesto, nada más que supuesto, que la dinastía ó familia de los Mancu, trajo con su religión y su lengua toda la teogonía de su país: trajo por consiguiente á *Inthra*, Dios del cielo, desde la época prearia. Al pasar al kechua *Inthra* debió convertirse en *Inti* y designarse con ella al Sol. La razón es obvia; los peruanos cuya mente era incapaz de comprender las significación abstracta de aquel nombre, no podían aplicarlo más que al sér visible, único que por su esplendorosa luz y su influencia sobre la vida merecía ser tenido como Dios del cielo.

Detenerme á explicar la alteración que sufren las palabras, hasta en su genuina significación, cuando pasan de un idioma á otro, sería ofender á mi auditorio, que tendrá presente los cambios que el tiempo realiza hasta en la lengua escrita. El Vuestra Merced de Cervantes hoy es usted, el Vuestra Señoría de antaño es usía.

Cuando más tarde uno de esos “Mancu” se presentó á las tribus bárbaras del Cuzco, como hijo del Sol, la frase “*Intika*” debió ser de uso constante en sus labios, pues que de allí derivaba su poder; el pueblo á su vez no podía dejar de repetir la otra correlativa de *Inticayan*: soy el Sol, soy el Sol.

Después, por una sincopación propia de todos los idiomas, quedó el nombre reducido á *Inca* con la supresión de la sílaba *ti*.

He allí al inca Manco-Cápac sacado con tirabuzón si se quiere, pero de una filiación mucho más aceptable que los absurdos mitos en que se le ha envuelto.

Upa.—Con esta palabra se designa en la India, por lo que

entiendo, al santo'y sabio sacerdote bramán. En el kechua de ahora se llama así al sordo-mudo.

Una casualidad, un hecho insignificante en sí, que no se ha borrado de mi memoria después de muchos años, me decide á ocuparme de esta palabra.

De paso por una estancia de indígenas que se hallaban de fiesta, fuí invitado á comer. Al rededor de una desvencijada tablazón que hacía de mesa tomaron asiento tres comensales, dos hombres de edad avanzada y una india ya muy vieja; el resto de los concurrentes, casi todos jóvenes, comían y bebían tranquilamente esparcidos en la sala. En un momento en que el silencio era interrumpido apenas por el ruido de los *mates* y los sorbos del succulento caldo, se presentó de improviso un individuo de fisonomía repugnante, trajeado de harapos, torcido el cuerpo, llamando la atención con el movimiento de los brazos y la boca, de la cual salía algo como gritos. Se trataba de un sordo-mudo. Al verlo se levantó el que nos presidía y algo dijo á sus vecinos, quienes dejaron sus asientos y colocaron al visitante al lado de la vieja, haciéndole demostraciones del más profundo respeto. Se cambiaron algunos signos, pero los visajes del sordo-mudo acabaron por producir la hilaridad de los jóvenes. Nuestro anfitrión y la vieja principalmente montaron en cólera y reprendieron á los bullangueros; alguno de éstos habló quizás en mal tono y dió motivo á una zinguizarra larga y fastidiosa, de la cual no entendí ni una palabra.

Poco rato después Manuel Chuqui-Mancu, dueño de casa y padre de mi sirviente Fermín, me daba una explicación de lo ocurrido en esta forma más ó menos: --“Los upas no hablan porque no quieren, no trabajan porque Dios lo ha dispuesto así, lo ven todo, pueden hacernos muchos males, cuando se les hace burla caen desgracias en la familia; hay que darles gusto, no sabemos lo que piensan.....”. De todo lo que me dijo, que fué mucho más, comprendí que, según él, el sordo-mudo era un sér de ineptitud aparente, á quien se debía toda atención y respeto porque encierra en sí algo misterioso.

Supuse que este juicio no era natural en mi interlocutor;

pues era hombre sagaz y discreto hasta donde puede serlo un indio. En cuanto á mí, era la primera vez que oía cosa semejante, y desde luego me pregunté cuál podría ser la causa de concepto tan absurdo. Por ese tiempo leía á Cantú y no dejó de intrigarme que al sacerdote bramán se le llamase *upo-yaya*, al cordón sacerdotal *upa-uita*, y á los libros santos *upa-nishaj*. La imaginación me llevó lejos. Si con los Mancu, me dije, llegaron algunos de esos penitentes ó Samniasis de que nos hablan las historias, son ellos los que han debido dejar una impresión semejante en la mente del pueblo; el simple sacerdote bramán, desdeñoso y mudo para con las otras castas, pudo producir el mismo efecto. Pensé también que al desaparecer el sacerdote pudo quedar el nombre de *upa* á su silencioso congénere, el sordo-mudo.

Nótese que era un Chuquimancu el que me había hablado, rememorando tal vez conceptos tradicionales en su familia caída en desgracia.

Lo escrito, escrito lo dejo; pero si se quiere desterrar todo lo que hay de imaginativo en los párrafos anteriores, siempre quedarán las palabras “yaya”, “uito” y “nishaj”, revelando con su significación en kechua el sentido que tienen en la lengua sacerdotal hindú.

Upa-yaya, como he dicho, es el sacerdote que enseña á los vedas, y es preceptivo que por el discípulo se le trate como á padre: yaya, en kechua, es padre.

Upa-uito es el cordón que distingue á los sacerdotes bramanes: *uata* en kechua es el cordón ó faja que se sujeta á la cintura.

Upa-nishaj es el nombre de los libros en que se describen las ritualidades de los sacrificios. En kechua sería: lo dicho, lo preceptuado por el upa. Hay otros libros que se titulan *upa-nicata*, que quiere decir lo mismo.

Canya:—la virgen; Coya, la virgen dedicada al Sol entre los incas.

En este corto inventario de coincidencias y analogías cabe también citar que “aita”, padre en sanscrito es el “tai-ta” kechua, que se emplea como sinónimo de yaya, y que significa padre en ambas lenguas, el dios Mani de las islas Sand-

wich y el Manitu de los pieles rojas; el Punchau japonés que puede traducirse por el Punchua kechua, comienso del día; y hasta las fases lunares llamadas *titis* en la India que nos indicaría la adoración á la hermana del Sol en la isla de Titicaca. Después tenemos á *ailapaca*, que según el código Manú es una ave bebedora de aceite, en la que se convierte el ladrón de este artículo, mientras "pacapaca" en kechua es la lechuza, á quien se atribuye todavía la misma costumbre. Tenemos también á Chilca y Chota, que nos recuerdan comarcas del Indostan; Aucón, Chancay y Chillia que nos recuerdan provincias de la China; Amotape, Motupe, Facalá y Congorá que parecen traídas de Oceanía y Africa.

No pasaré por alto la discusión sostenida hace poco entre varios historiógrafos sobre la etimología de la palabra Titicaca. En mi opinión y sin contradecir lo que su imaginación ha inspirado á esos señores, Titicaca no es sino la roca en que se anotan las mareas y las fases de la Luna. Si es cierto que el lago Titicaca tiene mareas como el mar, paralelas á las fases de la Luna, no es extraño que los antiguos peruanos hayan tratado de señalar esas fases por la altura de las mareas visibles en la roca de la isla llamada Titicaca. Ya he dicho que titi significa fases de la Luna, y es fácil conjeturar que el lugar más apropiado para elevar un templo á la Luna es aquel donde se puede anotar su marcha. El templo existe, aunque sea en ruinas.

Prescindo de otras semejanzas de palabras y frases que, como las anotadas, concuerdan en su significación de modo exacto y dejan en el espíritu la cuasi certidumbre de una derivación inexplicada por la historia,

Citaré ahora algunas creencias y prácticas antiguas comunes á indostanes y peruanos, que á mi modo de ver, llevan una comprobación más á la hipótesis que sustento.

El Fuego.—Dondequiera que se adoró al Sol se dió culto al fuego. El sacerdote mentor de Garcilaso no percibió ó no quiso manifestar que ese culto existió en el Cuzcó; como incidente que apenas merecía tocar, se ocupa de él al describir las fiestas del Raymi. "Y del fuego, dice, llevaban al templo del Sol y á la casa de las vírgenes, donde lo conservaban

todo el año, y era mal agüero apagárseles como quiera que fuese". Entiendo que Garcilaso en este dato, como en otros referentes á la religión de sus antepasados, tuvo información deficiente, quizá porque su tío, á quien cita como muy versado en estas antiguallas, no debió ser pariente inmediato de los hijos del Sol, de los verdaderos incas, únicos que conocían la religión y la lengua que asegura tenían reservada.

El fuego sacado directamente de los rayos solares no podía menos de ser sagrado, y como tal debió guardarse por personas que á su vez participaran de ese carácter. Así se explica la institución de vírgenes recluídas, consagradas por toda su vida á cuidar el fuego divino. No fueron los incas tan necios, ni salvajes que hubieran sido, para preocuparse de buscar doncellas, preceptuarles el voto de castidad, construirles palacios y dotarlas de toda clase de comodidades y riquezas, con el solo fin de que hilasen sus vestidos y aderezasen su comida durante las fiestas. Esto es absurdo.

Veamos ahora lo que dice Jacoliot.—“El culto del agua y del Sol produjeron los dos emblemas, sin los cuales ningún sacrificio bramánico se podía llenar. El fuego consagrado conservado en una lámpara de plata en el santuario, imagen simbólica de la vida y de la pureza del culto rendido al Sér supremo, no debía apagarse jamás. Las bayaderas (canyas) antiguas vestales son las encargadas de alimentar este fuego. Por lo demás, las que lo dejaban apagarse eran castigadas con la muerte”.

Según el mismo erudito indianista, tan luego como los bramanes consolidaron su dominación, prohibieron bajo pena de muerte pronunciar el nombre del sér existente por sí mismo; enseñar el misterio de la trinidad, y descubrir los secretos del culto simbólico dedicado al Sol y al fuego, que representaban “La grande alma” y solamente los iniciados en el segundo y tercer grado sacerdotal tenían el derecho de dirigir al astro del fuego y de la luz la invocación siguiente:—“Vos sois el que es por su propia fuerza, vos sois Brama al levantaros, Vishnú al medio día, Shiva, al ocultaros, etc.” Además, bajo penas severas, fué prohibido al duydia,

al samniasis y á todo bramán iniciado, cualquiera que fuese su grado, enseñar á otros la lengua sagrada.

Debo recordar aquí que ese culto simbólico fué práctica antiquísima que los bramanes reglamentaron después, de manera que ya subsistía y se ejercía tradicionalmente en épocas anteriores al Rig-Veda y al código Manú, y pudo ser, por consiguiente, trasplantada al Perú antes que la escritura fuera conocida en la India.

La manera de actuar del Inca en la ceremonia del Raymi, no pasa de una necedad si hemos de estar á la relación de Garcilaso. La invocación y la ofrenda de chicha, que parecen hechas en silencio, debieron constar, á lo menos, de algunas palabras de ruego ó de esperanza, que no han llegado hasta nosotros, aunque podemos suponer cuáles fueron. Pero quede constancia de que en ese día los sacerdotes que hacían el sacrificio recibían la ofrenda en nombre de la divinidad, y se la guardaban lo mismo exactamente que hicieron y hacen hoy los sacerdotes indianos y otros que no lo son.

Muchas razones me inducen á creer que el lenguaje *divino* á que se refiere Garcilaso, no era entre los incas un idioma de su uso ni el de sus antecesores perdido con el tiempo, sino el idioma litúrgico, sacerdotal, conservado en cuanto era posible en las preces é invocaciones de fórmula, durante los sacrificios. El latín y el sanscrito han muerto hace varios siglos, pero se conservan en los libros santos cristianos, bramanes y budistas como recuerdos del tiempo en que servían para comunicarse con Dios. Algo de ese idioma sacerdotal, transmitido al uso vulgar, es lo que creo nos permite hallar analogías manifiestas en materia religiosa como las ya citadas.

Después de lo dicho, no cabe duda que la adoración al fuego fué común á ambos pueblos.

Culto á los muertos.—Este ha sido y es de práctica en el mundo entero. Por si no fuera conocido el que se rinde en algunos lugares por indígenas del Perú, referiré lo que he visto en pleno siglo XX. El doliente se dirige al sitio donde yace el ser querido provisto de un jarro de agua bendita

(ésta se vende en las cercanías por mayor y menor) y de algunas viandas de las que gustaban al finado. Después de rociar la sepultura y de colocar sobre ella los matecitos de comida, se pide al sacerdote allí presente, uno ó más responsables de cinco, diez ó veinte centavos, según que sean rezados ó cantados, de más ó menos mérito ante Dios. Hecho esto, es de rito probar la comida, y si resulta insípida, (lo que sucede siempre) es que el muerto se ha sorbido la sustancia. No relataré un algo más asqueroso que suele hacerse.

Al preguntar á uno de los presentes que me pareció interesado en la ceremonia, si los muertos volvían á la tierra y si les era permitido comer. —Sí señor, me contestó, tienen tres días de licencia para salir, la misa de los difuntos es para eso. Supongo que el párroco no habría contestado lo mismo; pero mi reportado, así como la generalidad de los indígenas, debe tener aquello por cierto; casi todos practicaron lo que llevo referido,

Hay, por consiguiente, entre ellos la idea de la supervivencia en una forma que, si no excluye la de la inmortalidad cristiana semeja mucho al concepto de continuar viviendo después de la muerte apremiados siempre por las usuales necesidades de la vida real. Y es por eso que en el antiguo Perú, como en varios lugares de la India y el Egipto, se enterraban en los sepulcros diferentes utensilios, entre los cuales nunca falta el tostador de cancha y la vasija de agua, amén de adornos y de joyas variadas; y por eso también, á semejanza de los adoradores de Vishnú, á la muerte del Inca le seguían en el sepulcro sus mujeres más queridas y sus servidores más adictos.

Estas prácticas, traducción de creencias profundamente arraigadas, indican su gran antigüedad y su procedencia de otros países donde existen reglamentadas en forma.

Cuando yo creía que sólo entre nuestros indígenas se celebraba la muerte de un miembro de familia con vergonzosas orgías, me encuentro con igual costumbre en varias provincias del Indostán: los Todas y los Badagas acompañan sus felicitaciones con sollozos, se lamentan danzando, y celebran sus funerales en medio de orgías. (G. Le Bon).

No fatigaré la memoria con otras consideraciones que nada añadirían á las analogías halladas por Gaspari, las que debo estimar como fruto de un buen estudio del Copto, Sanscrito y Kechua. Por otro lado, la probanza de influencias prehistóricas entre los continentes de Asia, América, y aún de Africa á que me he concretado, pueden conducir al mismo fin. Voy á rememorar con este objeto algunas costumbres exclusivas de esos pueblos, algunas creencias que no pudieron tenerse comunes sino habiendo mediado constante comunicación.

Gatipa.—Es una práctica ya poco usada, pero muy general antes de ahora, que consiste en arrojar una piedrecita sobre el montón que de ellas se han formado así, poco á poco, en las altas cumbres de la cordillera; significa una acción de gracias á Dios por haber permitido al viajero llegar sin novedad á la altura. Algunos forman á la ida un montoncito aparte con cuatro ó más piedras; si al volver lo encuentran derribado creen que han ocurrido desgracias en la familia.

Entre los tibetanos hay la misma práctica, y los montones de piedra tienen la virtud de defender á los viajeros de los malos espíritus. En el fondo la idea es la misma.

No olvidemos que los naturales del Tibet mantuvieron desde remotas edades una corriente emigratoria obre la India y nada de extraño tendría que de allí continuasen al Perú.

El Sapo.—En un libro *Historia de las Creencias* encuentro el párrafo siguiente:—“A los ojos de los pueblos que atribuyen al agua el principio de las cosas, la rana gigantesca que tan pronto sorbe los ríos como vomita raudales de agua, es objeto de múltiples leyendas. Entre los algonquinos, los andamanes y los australianos, la rana y el sapo figuran en todas partes en la formación primitiva de las aguas.” La adoración al sapo existió también en el Perú; no lo habría creído, pero tuve que rendirme á la evidencia.

En cierto sitio donde comienza el gran nevado Huascarán, se destaca una roca que á la distancia y según la hora, presenta el aspecto de la cabeza de un enorme sapo, cuya boca y ojos bien diseñados se adelantan sobre la línea neva-

da. Bajo lo que podríamos llamar el cuello, hay una pequeña planicie, á la que sirve de techo la mandíbula inferior del sapo. Fórmanle cerco algunos árboles seculares "quinual" que descuelgan su secanos brazos hasta tocar la nieve. Estábamos á 16,000 pies de altura. Era un lugar escogido para el recogimiento y la meditación: Yungay y su espléndida campiña rebozando vida á nuestros pies; sobre nosotros el colosal nevado disputando espacio al cielo azul; al centro el pequeño recinto silencioso en que nos hallábamos, desde el cual la mirada podía contemplar alternativamente, la naturaleza en vivaz despliegue por los campos y en su inmovilidad de muerte en la nevada cumbre.

Me llamaron la atención algunas piedras amontonadas, una de ellas labrada, que no podría estar allí sino conducida expresamente. ¿Pero, con qué fin? ¿Un altar?

Subimos un centenar de metros sobre el plano inclinado que teníamos delante, exponiéndonos á rodar en el abismo. La roca lisa en que al parecer poníamos el pie estaba cubierta por una lámina de escarcha trasparente y resbalidiza que engañaba la vista y hacía peligrosa la marcha. Sólo al descender nos dimos cuenta del riesgo. Eran las 10 a. m.; bajábamos con gran cuidado de asegurar nuestros pasos, cuando noté la presencia de multitud de sapos tiernos (renacuajos) que saltaban por el suelo en todas direcciones bajo nuestros pies. La ilusión era completa. Por el momento el reflejo del Sol no nos permitió la explicación, pero al fin vimos que los goterones del deshielo desprendidos bajo la nieve simulaban el salto de aquellos animales con la mayor perfección. Para la imaginación de un indio de otra época, la gran mole del Huascarán debió ser la incubadora de los hijos del sapo.

Unas horas más tarde descansábamos de nuestras fatigas en el fundo Hushcao, situado á ocho kilómetros al pie del nevado. Lo primero que al llegar me sorprendió fué un macizo construido de piedras y relleno con tierra, que se elevaba á la altura de cuatro metros sobre el suelo; se subía á él por una rampa terminada por una abertura que parecía haber sido puerta. Al lado derecho se veía un sapo de más

ó menos un metro de alto, trabajado en relieve sobre un tablero de granito; el tablero del frente que tenía otro sapo esculpido, estaba en tierra. Como se nos dijese que en todo el rededor de la plataforma habían sapos enterrados, procuramos convencernos y sin gran esfuerzo descubrimos una vasija de barro cocido de las que se conocen con el nombre de *asuana*, llena de ellos hasta el borde, secos y muy bien conservados.

¿Qué pensar de ésto?. Se me figuró que el repugnante animal había sido objeto de adoración entre los habitantes de Hushcao; y de ello no me cupo duda, cuando un poco más tarde, á las 6 y $\frac{1}{2}$, sentimos una gran vocería de sapos domiciliados en el patio de la casa. Era el tal patio un *ocónal*, una lagunita en que crecía la *tотора* medio seca, terminada á la derecha por una eminencia artificial á todas luces, de uno y medio metro de altura, tres de grueso y diez de largo, en cuya base se veían numerosos agujeros horizontales y profundos. De allí salían los gritos.

Como se vé, aún se conservan los rastros del culto que mereció el sapo, puesto que, á más de criarlo, se le dedicaron altares y estatuas. Debe ser un consuelo para los que descienden de aquellos creyentes, si es que se dan cuenta, que al cabo de 6 ó 7 mil años transcurridos, todavía haya gente en las islas oceánicas que no ha levantado su mente más allá de tan torpes concepciones.

Cuando visité hace cuarenta años estos lugares ya no se notaban los desperfectos de la escultura (Figura A), ni las piedras formaban parte de un cerco como ahora. En cuanto al cuadrilátero que guardaba los sapos disecados ya no existe. En la figura B. presento la fotografía de la familia que habita aquellas ruinas, ejemplo gráfico de la insuficiencia de la enseñanza civil y religiosa ante la persistencia atávica.

La cabeza fotografiada entre los dos sapos debió pertenecer á alguna de las estatuas que adornaban un templo próximo del que quedan todavía restos notables.

○ ¿Cómo atravesó el Pacífico esta creencia?

Siempre hay que preguntar de qué manera atraviesa-

ron ideas prácticas y palabras significativas tan enormes distancias. Se puede responder que las islas ó continentes que sirvieron de vehículo, fueron la Atlántida de Platón ó la cadena de islas de las que algunas se ven desde Formosa á Haway y que ahora yacen sepultadas bajo la doble loza de los siglos y del grande Océano; y así ha de ser mientras la mentalidad humana que tanto vá creciendo no llegue á mejor solución.

Al terminar confesaré que para mí los actores en esas luchas de predominio político y religioso que terminaron después de siglos con la fundación de la dinastía incaica, debieron ser descendientes de una raza superior, que se impuso á raíz de su llegada, más de tres mil años antes de la éra cristiana, y que tras un interregno dilatado renació en el personal de dicha dinastía.

Como última palabra voy á formular una esperanza. No está distante que admitida la anterior conjetura, un investigador menos viejo, más instruído y prolijo que yo, reivindicque para la nación "Chola", que habitó el centro y sur de la India, algunos siglos antes de la invasión de los Arios, el honor de ser los introductores en el Perú de la civilización de la piedra labrada, del tejido y del "Dios del Cielo", que fué más tarde la base del poderío incaico. Aunque no veamos por el momento la importancia social ó científica de esta comprobación, tal vez sirva en el porvenir para comprender mejor nuestras condiciones étnicas, ya que late en nuestras venas la sangre viril de aquel antiguo pueblo.

Yungay, enero 10 de 1910.

Pedro Ignacio Cisneros

